



Sobre el problema de la familia¹

Theodor W Adorno

1

La familia es, a la vez, relación natural y relación social. Está basada en las relaciones sociales y en la descendencia biológica, a menudo sin conciencia de duración, pero se convierte en algo permanente, objetivo, independiente: en una institución. La sociología moderna francesa de la escuela de Durkheim, en especial Marcel Mauss y Claude Lévi-Strauss, en contraste con los puntos de vista más antiguos, no derivaron la prohibición del incesto, el cual es fundamental para la

¹ Traducción al inglés por Jacob Blumenfeld. Extraído de endnotes.org.uk

familia, de las llamadas condiciones naturales o psicológicas, sino que la determinaron como un “fenómeno totalmente social”, esencialmente de las necesidades de una sociedad de intercambio según estructuras de propiedad fijas. Sin embargo, si tales resultados son ciertos, entonces la familia, en la forma en la que la conocemos, está a su vez mediada socialmente y no es una mera categoría natural. Por lo tanto, está sujeta a la dinámica social y no debe ser hipostasiada por la ciencia.

La dinámica social de la familia es doble. Por un lado, la creciente socialización, “racionalización” e “integración” de todas las relaciones humanas en la sociedad de intercambio tardía y plenamente desarrollada tiende a hacer retroceder todo lo posible el elemento -socialmente considerado- irracional-natural, parcial, del orden familiar. Por otra parte, sin embargo, con tal socialización progresiva, las pulsiones más fuertemente controladas se rebelan con más fuerza contra su control institucional y

rompen en el punto de menor resistencia. Pero esto es en lo que, en las condiciones de la sociedad contemporánea, se ha convertido la familia. Hoy se ve atacada por igual por el progreso de la civilización y por la sexualidad, que la pretensión sacral del matrimonio ya no puede domar.

2

La crisis de la familia no puede descartarse como un mero síntoma de decadencia. A la familia se le pasa factura no sólo por la cruda opresión que tan a menudo inflige el cabeza de familia a la mujer más débil y, sobre todo, a los niños hasta el umbral de la edad moderna, sino también por la injusticia económica, la explotación del trabajo doméstico en una sociedad que, por lo demás, obedece a las leyes del mercado, y por todas esas supresiones del deseo, que la disciplina familiar impone a sus miembros, sin que esta esté siempre justificada en la mente de los miembros de la familia, y sin que tengan mucha fe en la perspectiva de ser compensados por tales renunciaciones, por

ejemplo, con una propiedad segura y comerciable, como parecía ser el caso en el apogeo de la era liberal. El debilitamiento de la autoridad familiar, especialmente como uno de los tabúes sexuales, se debe al hecho de que la familia ya no garantiza de forma fiable la subsistencia, y a que ya no protege adecuadamente al individuo contra el entorno cada vez más avasallador.

La equivalencia entre lo que la familia exige y lo que proporciona está amenazada. Por lo tanto, toda apelación a los poderes positivos de la familia como tal tiene algo de ideológico, porque la familia ya no cumple, y ya no puede cumplir por razones económicas, aquello por lo que se la alaba.

3

Como categoría social, la familia ha sido siempre la agencia de la sociedad, especialmente desde el comienzo de la era burguesa. Sólo ella ha sido capaz de producir en los individuos esa ética del trabajo, esa

identificación con la autoridad, que apenas había sido necesaria en la época feudal y que fue sustituida por el dominio directo sobre los siervos. Al trasladar las exigencias de la sociedad al interior de las personas a ella confiadas y hacerlas suyas, la familia “interiorizó” al ser humano. El concepto de individuo en el sentido que conocemos difícilmente puede separarse del de familia. Pero la crisis del individuo actual, la sustitución de su autonomía por la adaptación a colectivos, no deja indemne a la familia. Existe una contradicción entre el tipo de ser humano que se extiende hoy y la forma de la familia.

El culto a la madre estadounidense, llamado “momismo” por Philip Wylie, no significa tanto la irrupción de las fuerzas familiares primordiales como una cuestionable formación de reacción a la experiencia de la decadencia de las relaciones familiares, que acaba de erigir su enclenque monumento al día de la madre. La exageración convencional y la frialdad emocional se corresponden mutuamente. Como todas las formas de

mediación entre el individuo biológico, el individuo atómico y la sociedad integral, la familia también se ve privada de su contenido por esta última, de forma similar a la esfera económica de la circulación, o la categoría de la educación, que está profundamente conectada con la familia. Como categoría de mediación que, en verdad, aunque sin ser consciente de ello, a menudo sólo se ocupaba de los asuntos de la totalidad, la familia, aparte de su eminente función, siempre tuvo algo de ilusorio.

Y la sociedad burguesa en su conjunto se mantuvo escéptica frente a la familia como ideología, sobre todo en la medida en que planteaba exigencias sociales al individuo que parecían arbitrarias e irrazonables desde el punto de vista de éste. Este escepticismo encontró su primera expresión social, aunque apagada, en el movimiento juvenil. Hoy, la negación de la familia se impone realmente. De hecho, ya no existe el conflicto entre la poderosa familia y el no menos poderoso ego, sino que la brecha entre ambos es igualmente

pequeña. La familia se vive menos como un poder de opresión que como un residuo, un ingrediente superfluo. No se la teme más de lo que se la ama: no se lucha contra ella, sino que se la olvida y sólo se la tolera por aquellos que no tienen ni razón ni fuerza para resistirse.

4

La familia, según su concepto, no puede desprenderse de su elemento natural, la conexión biológica de sus miembros. Pero desde el punto de vista de la sociedad, este elemento aparece como heterónimo, como una molestia, por así decirlo, porque no está completamente absorbido en la relación de intercambio, aunque la sexualidad también se parezca a la relación de intercambio, a la razón de dar y recibir.

Por otra parte, el elemento natural puede menos que nunca afirmarse independientemente del social-institucional. Por eso, en la sociedad tardo-burguesa, la familia no se diferencia tanto del cadáver que

recuerda la relación con la naturaleza en medio de la civilización, y que se quema higiénicamente o se prepara cosméticamente, como se muestra en "Loved One" de Evelyn Waugh. El culto a la familia, especialmente a la "casta ama de casa y madre de los hijos", siempre ha prestado un halo de sacrificio voluntario y de bondad a quienes están oprimidos y obligados a sacrificarse en la realidad. Pero como toda ideología real es algo más que una mentira, ésta también lo es. No sólo otorgó honor a los subyugados, les confirió una dignidad que finalmente instó a su propia emancipación como dignidad humana, sino que concretó la idea de igualdad real entre los seres humanos, que conduce al concepto de humanismo real.

La crisis de la familia en su forma actual es, por tanto, al mismo tiempo una crisis de humanidad. Si bien se hace previsible la posibilidad de la plena realización de los derechos humanos, de una emancipación de la mujer en virtud de la emancipación de la sociedad en lugar de una mera imitación del

principio patriarcal, no menos previsible es la recaída en la barbarie, en ese mero estado de naturaleza que parece quedar al final de la familia sola, en el caos.

5

El declive de la familia es la expresión de una gran tendencia social, no un efímero fenómeno contemporáneo. La indescriptible sensación que causó la Nora de Ibsen hace 70 años sólo puede explicarse por la conmoción provocada por la imagen de una mujer que abandona a su marido y a sus hijos para dejar de ser un mero objeto de disposición patriarcal y ser dueña de sí misma. En aquella época, el desencadenamiento de las fuerzas productivas económicas, que constituye el trasfondo del drama de la emancipación de Ibsen, ya amenazaba a la familia en grado sumo. Que a pesar de todo la familia se mantuviera viva se debió en primer lugar a la perenne irracionalidad del principio de la propia sociedad racional, que necesitaba la ayuda de instituciones irracionales como la familia para

lograr la apariencia de su justificación natural. Pero la dinámica de la sociedad no ha permitido que la familia, tan inmanente y cohesionada a la sociedad como incompatible con ella, sobreviva incontestada.

En Alemania, al menos desde la primera inflación y la expansión acelerada del trabajo profesional de la mujer, la familia ha llegado a su crisis. Por lo tanto, es erróneo, como en un libro estadounidense muy leído, culpar a la estructura patriarcal de la familia alemana del nacionalsocialismo. Por no hablar de la insuficiencia fundamental de tales explicaciones psicológicas, Hitler no pudo en absoluto basarse en una tradición de autoridad familiar firmemente establecida. En Alemania, en particular, tabúes como el de la virginidad, la legalización de la cohabitación y la monogamia fueron probablemente sacudidos mucho más a fondo después de 1918 que en los países católico-románicos y los países anglosajones impregnados de puritanismo y jansenismo irlandés, tal vez porque la memoria de la promiscuidad arcaica sobrevivió más

obstinadamente en Alemania que en el mundo occidental completamente burgués. En términos de una psicología social de la familia, el Tercer Reich significa un sustituto exagerado de una autoridad familiar que ya no existe, más que una adhesión a ella. Si es correcta la teoría de la "Psicología de los grupos y análisis del yo" de Freud, según la cual la imago paterna puede transferirse a grupos secundarios y a sus líderes, entonces el Reich hitleriano ofrece el modelo de dicha transferencia, y la violencia de la autoridad, así como la necesidad de la misma estaban prácticamente convocadas por su ausencia en la Alemania de la República de Weimar. Hitler y las dictaduras modernas son de hecho, por utilizar el término del psicoanalista Paul Federn, el producto de una "sociedad sin padre". Hasta qué punto, sin embargo, la transferencia de la autoridad paterna al colectivo cambia la composición interna de la autoridad; hasta qué punto sigue representando al padre y no ya lo que Orwell llamaba el Gran Hermano, es algo que está abierto a la duda. En cualquier caso, no tendría

sentido equiparar la crisis de la familia con la disolución de la autoridad como tal. La autoridad es cada vez más abstracta; pero también cada vez más inhumana e inexorable. El ideal del ego gigantesco y colectivizado es la antítesis satánica de un ego liberado.

6

En la medida en que la familia sigue teniendo funciones reales hoy en día, mantiene su capacidad de resistencia. En las familias numerosas, por ejemplo, en las que el padre, la madre y los hijos mayores ganan algo, es más barato mantener un hogar común que si cada uno se ocupara únicamente de sí mismo; por tanto, permanecen bajo el mismo techo, preservando una cohesión interna. Pero esta racionalidad de la familia es limitada; en la ciudad se extiende casi exclusivamente a la esfera del consumo. En el campo, donde la mano de obra familiar es más barata que la mano de obra asalariada libre, según los resultados de numerosos estudios, los vástagos empiezan a rebelarse contra su "paga

insuficiente" por el trabajo en la finca familiar y emigran a otras ocupaciones. En cualquier caso, la familia, incluso la que sigue relativamente intacta, está experimentando profundos cambios estructurales.

Un sociólogo ha formulado acertadamente que su forma ha cambiado de la del nido a la de la gasolinera. La función de la educación es tal vez la más dramática. Es evidente que la familia ya no cumple adecuadamente esta función, porque carece del poder de persuasión interior que permitía a los niños identificarse realmente con las imágenes de sus padres. Si hoy en día se oye una y otra vez, incluso acerca de los niños de las clases altas, que "no recibieron nada" de casa, y si uno tiene que observar como profesor universitario lo poco sustancial y realmente experimentado que puede suponer la educación, entonces esto no se debe a la supuesta nivelación de la sociedad de masas democrática y, desde luego, no a la falta de información, sino al hecho de que la familia ha perdido el momento protector y nutritivo que

sólo era capaz de desarrollar el talento de un niño en silencio. Ahora, sin embargo, la tendencia es que el niño se aleje de esa educación como de una introversión malsana y prefiera adaptarse a las exigencias de la llamada vida real, mucho antes incluso de que éstas lleguen a él. El momento específico de frustración [*versagung*] que mutila hoy a los individuos y les impide la individuación ya no es la prohibición familiar, sino la frialdad que aumenta a medida que la familia se va llenando de agujeros.

7

En condiciones extremas y sus prolongadas consecuencias, por ejemplo, en el caso de los refugiados, la familia ha demostrado ser fuerte a pesar de todo, en muchos casos ha demostrado ser el motor de la supervivencia. Arrojada de nuevo a las condiciones naturales más primitivas de autoconservación, la familia se mostró como una forma adecuada de su realización.

Pero del mismo modo que el retroceso contradice al máximo el estado de productividad social o es más bien una de las crueles cifras del precio que la humanidad tiene que pagar por su progreso, probablemente se trata también de un renacimiento de la familia que se debe a ese retroceso. Ella misma es un fenómeno de regresión, comparable al gesto conmovedor e impotente con el que el moribundo busca a tientas a su madre. Confiar en esa regresión como fuerza regeneradora sería como esperar una renovación religiosa de la invocación de Dios por soldados en extremo peligro. Al contrario: la justificación de las relaciones naturales de la familia, en gran medida irracionales, mediante una racionalidad que demuestra que en realidad es más fácil sobrevivir de este modo, ataca como racional precisamente la sustancia irracional que ella misma glorifica. Tal línea de razonamiento tendría que ceder si otras formas sociales distintas de la familia fueran más favorables a la supervivencia que la familia, renunciando a su eternidad. Dudar del carácter sacramental

de la familia, pero abogar por ella porque su santidad es buena para las personas, no es muy convincente. Además, estudios como el de la Comunidad de Darmstadt hacen suponer que la institución familiar, en general tambaleante, sólo se vio reforzada durante un breve periodo de tiempo por la solidaridad del estado de excepción. El número de divorcios, así como el de las llamadas familias “incompletas”, está muy por encima del nivel de antes de la guerra.

La tendencia a limitarse a una “familia nuclear” -condición previa del matrimonio sin hijos, que generalmente se considera un síntoma del declive de la familia- ya no se aplica sólo a las clases altas, sino que puede observarse en toda la población. En el campo, la arcaica familia multigeneracional, frente a la unipersonal, parece retroceder notablemente. En todas partes, los elementos tradicionales de la relación familiar están siendo gradualmente desplazados por otros “racionales”. Cuanto más se transforma la familia en una mera asociación de conveniencia, más pierde los rasgos del grupo “primario” que hasta hace

poco se le atribuían como invariables. No cabe duda de que algunos fenómenos de la guerra y la posguerra han tenido un efecto retardador en todo esto; en conjunto, sin embargo, también es cierto para la familia que las situaciones extremas tienden a reforzar las tendencias sociales generales; que, en ellas, por así decirlo, lo que se ha ido formando lentamente desde dentro se impone a menudo de golpe desde fuera.

8

Las especulaciones sobre el futuro de la familia están expuestas a dificultades casi prohibitivas. Si, de hecho, la familia está tan imbricada en el proceso de la sociedad en su conjunto, su destino dependerá de este proceso y no de su propia existencia como forma social autosuficiente. Además, ni siquiera el concepto de tendencia inmanente al desarrollo, que se ha aplicado a la familia, puede hipostasiarse. Del mismo modo que, por ejemplo, los desarrollos económicos son capaces de tomar una dirección distinta a la de

su propia legalidad, en cuanto el juego inconsciente de fuerzas de la economía se controla de forma planificada para bien o para mal, es concebible que, por ejemplo, al irrumpir de nuevo las dictaduras totalitarias, la “tendencia” de la familia cambie, ya sea de forma restaurativa, ya sea también por disolución acelerada en favor de un control estatista radical, que ya no tolera una autoridad intermedia entre ella misma y los átomos sociales.

Un Estado total ni siquiera tendría que rehuir la combinación de las dos posibilidades incompatibles. Esto sí parece cierto, que la preservación de todo lo que en la familia se ha demostrado como humano, como condición de autonomía, libertad y experiencia, no puede conservarse simplemente renunciando a los rasgos caducos. Probablemente sea ilusorio pensar que se puede realizar una familia de “igual posición” en medio de una sociedad en la que la propia humanidad no está madura, en la que los derechos humanos no están

establecidos en un sentido mucho más fundamental y universal.

No se puede preservar la función protectora de la familia y eliminar sus rasgos disciplinarios mientras tenga que proteger a sus miembros de un mundo imbuido de presiones sociales mediatas o directas, comunicadas a todas sus instituciones. La familia sufre lo mismo que todo lo particular que puja por su liberación: no hay emancipación de la familia sin emancipación del conjunto. En un mundo libre, sin embargo, es concebible una familia de la libertad, una sublimación social de la mera relación natural en lo que Wilhelm Meister llamaba la “perspectiva de la duración”²; una forma de convivencia estrecha y feliz de los individuos

² La frase aparece en el decimosexto capítulo de la novela de Goethe “Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister”. Reproducimos aquí el fragmento completo para darle contexto al lector y que así pueda entender a lo que Adorno hacía alusión: “Acepta mi mano, este testimonio solemne, aunque entre nosotros ocioso. Hemos disfrutado de toda la dicha, pero hay otras venturas en la perspectiva de la duración. No me preguntes cómo, no te preocupes. El destino vela por el amor y lo llevará por caminos seguros porque nuestro amor es de buen conformar”. Traducción de Miguel Salmerón. Editorial Titivillus.

que protege contra la barbarie sin hacer violencia a la naturaleza que está suspendida en ella. Pero una familia así puede imaginarse tan poco como cualquier otra utopía social.